

Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: La tradición y los legados: el horizonte histórico de Mariano Picón Salas

Autor: Betancourt Mendieta, Alexander

Forma sugerida de citar: Betancourt, A. (2001). La tradición y los legados: el horizonte histórico de Mariano Picón Salas. *Cuadernos Americanos*, 4(88), 111-121.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XV, Núm. 88, (julio-agosto de 2001).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

La tradición y los legados: el horizonte histórico de Mariano Picón Salas

Por *Alexander* BETANCOURT MENDIETA
CCYDEL, Universidad Nacional Autónoma de México

EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX, América Latina estuvo obsesionada por sus problemas de autocomprensión. El contexto estuvo dado por las transformaciones sociales y económicas que se entrelazaron con las condiciones socioculturales. Fue el inicio de la era de la modernización y el desarrollo, palabras polisémicas que trataron de expresar una complejidad que excedía la simple idea del progreso.

La masificación de las sociedades latinoamericanas en su conjunto planteó toda una serie de cuestiones sobre el pasado y el futuro de las centenarias Repúblicas, sobre las bases asentadas durante el turbulento siglo XIX. Es decir, hubo una reconfiguración de las condiciones establecidas por las fundaciones de los Estados nacionales.

La visibilidad que adquirieron en las ciudades sectores ignorados como los indígenas, los campesinos que se desplazaron a los centros urbanos y los inmigrantes, plantearon serios problemas para lo que hasta entonces era el imaginario nacional. Los políticos latinoamericanos de este periodo tuvieron que abandonar la práctica de una política de clubes y de recintos cerrados, para abordar plazas y espacios abiertos, convirtiendo a la multifacética palabra "pueblo" en la razón de ser de su actividad y en el vehículo de comunicación con la masa anónima que se agolpaba en las plazas para escucharlos y vitorearlos.

Las aspiraciones integracionistas de los Estados decimonónicos tuvieron que ampliar sus límites y sus referentes nacionales. Ya no podían ser sólo los blancos criollos que fundaron los Estados a partir de las guerras de Independencia. Para la época de las sociedades masificadas, de las que habló José Luis Romero, era necesario incluir a todos los elementos de sociedades que empezaban a dejar atrás la vida rural, para acentuar el peso del mundo urbano en la segunda mitad del siglo XX.

Cuando cambiaron las condiciones de las "comunidades imaginadas" nacionales, fue necesario repensar también los "mitos de origen" de los Estados. El establecimiento de los orígenes de la nación y del Estado nacional tuvo un apoyo preponderante en la disciplina histórica.

La constitución de la historia como una disciplina autónoma tuvo en los países latinoamericanos un estrecho vínculo con las condiciones sociales, políticas e institucionales que gozó la “cultura letrada”. La apertura de las Academias de Historia en casi todos los países en la segunda mitad del siglo XIX es una muestra de este accionar letrado.¹ Durante esta época, muchos países latinoamericanos superaron la inestabilidad política y las guerras civiles con el triunfo de unos proyectos políticos sobre otros. Entre estas vicisitudes, las academias tenían por meta crear condiciones propicias para ocuparse del pasado. El proceso de fortalecimiento de los Estados llevó a desplazar a las asociaciones privadas en un ámbito público como es el del pasado nacional; en efecto, las Academias de Historia tenían como precedente, generalmente, una asociación privada.² La concepción que el Estado tenía del trabajo de las Academias queda explícita en las funciones que se les comisionaron: proteger las reliquias históricas, consignar y preparar los días conmemorativos, promover el respeto por los símbolos patrios, preservar en la memoria popular a “los artífices de la nacionalidad” mediante estatuas y placas conmemorativas.³ Los Estados latinoamericanos establecieron, de esta manera, instituciones que organizaron y regularon el conocimiento histórico, y éstas eran “interlocutoras privi-

¹ Es el caso de la fundación del Instituto Histórico y Geográfico de Río de Janeiro que se remonta a 1838; el Instituto Histórico y Geográfico de Uruguay fue creado, a semejanza de aquél, por Andrés Lamas en 1843, la Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile, donde la historia desempeñó un papel central, fue inaugurada en 1843, el Instituto Histórico y Geográfico del Río de la Plata fue organizado por Bartolomé Mitre en 1854; Venezuela creó en 1888 la Academia Nacional de la Historia a través del esfuerzo de Juan Pablo Rojas Paúl.

² Así fue como en Argentina se abrió paso la Junta de Historia y Numismática (1893), rebautizada en 1938 como Academia Nacional de la Historia, por ejemplo.

³ Cf. el “Decreto disponiendo la creación de la Academia Nacional de la Historia, de fecha 28 de octubre de 1888”, en *Historia de la historiografía venezolana: textos para su estudio*, sel., introd y notas Germán Carrera, vol. 1, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1961, pp. 274-275 (*Ciencias Sociales*, iv). Igualmente Aurora Rabian, “La fundación, el impulso mitrista y la definición de los rasgos institucionales. Bartolomé Mitre (1901-1906) y Enrique Peña (1906-1911)”, en *Academia Nacional de la Historia, La Junta de Historia y Numismática Americana y el movimiento historiográfico en la Argentina (1893-1938)*, vol. 1, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1995, pp. 23-59. En el artículo 3 de los Estatutos de la Academia Colombiana de Historia se lee: “Será tarea esencial de la Academia [...] procurar su creciente conocimiento [el de la historia nacional] y su eficaz enseñanza, y en despertar y avivar el interés por el pasado de la patria, con permanente criterio de imparcialidad y exactitud, honrando y enalteciendo la vida y obras de sus grandes hombres”, en Alberto Lee López, “Qué es y qué actividades desarrolla la Academia Colombiana de Historia”, en *Academia Colombiana de Historia 70 años de su fundación 1902-1970*, Bogotá, Kelly, 1972, p. 55. Igualmente es útil leer en el mismo libro la Ley 15 de 1920 del Congreso de Colombia sobre “Festejos Patrios”, p. 46.

legiadas tanto para ser destinatarias de fondos estatales para la recuperación de colecciones documentales como, y sobre todo, para ser consideradas las instituciones idóneas para dar una interpretación oficialmente válida de sucesos y personajes del pasado".⁴

Estos centros serían los pilares de las formas de asociación y producción del conocimiento en torno al tema del pasado nacional. Una de las principales marcas de estas asociaciones, a pesar del carácter público que le dio la creación estatal, fue haber mantenido la condición de corporación privada que le imprimieron sus integrantes. La producción de las Academias de Historia estuvo ligada estrechamente a vínculos privados de sus miembros, generalmente interesados en biografías de hombres unidos familiarmente con ellos.⁵ Estos lazos fueron la base de la distribución y difusión de los documentos históricos y de los libros de historia. No obstante, estas corporaciones configuraron un "campo autónomo de conocimiento" que se reafirmó gracias al carácter utilitario que alcanzaron estos trabajos para las faenas de afianzamiento de los Estados y las naciones, que le abrieron importantes posibilidades de expansión al conocimiento histórico.

El surgimiento de entidades públicas dedicadas exclusivamente a la práctica histórica es el resultado de la consolidación y modernización de la administración estatal. En este sentido se distinguen, sin duda, dos momentos en la constitución del pasado nacional: la de la producción de este conocimiento, inicialmente recluida al ámbito privado de los primeros historiadores, y la pública, asociada a los vínculos entre el poder político y los "historiadores". Con frecuencia, las historias nacionales del siglo XIX fueron escritas por hombres que participaron del mundo político y de la conformación de los Estados que les servían de sujeto de estudio. De cierta manera, esto coadyuvó a la creciente importancia que se le adjudicó a la difusión de los conocimientos históricos como elementos fundamentales en la creación de una "conciencia nacional".⁶

⁴ Fernando Devoto, "La enseñanza de la historia argentina y americana. Nivel superior y universitario: dos estudios de caso", en *La Junta de Historia y Numismática Americana*, vol. II, p. 389.

⁵ Cf., por ejemplo, los análisis realizados por Hans-Joachim König, "Los caballeros andantes del patriotismo. La actitud de la Academia Nacional de la Historia Colombiana frente a los procesos de cambio social", en Michael Riekenberg, comp., *Latinoamérica enseñanza de la historia. libros de texto y conciencia histórica*, Buenos Aires, Alianza, 1991, pp. 135-154.

⁶ El caso argentino es paradigmático en el establecimiento de estas relaciones, por ejemplo, en la figura de Bartolomé Mitre, sin olvidar la situación de José Manuel Restrepo en el caso colombiano. También es importante tener en cuenta la situación de los historiadores chilenos, Cf. Pablo Buchbinder, "Vínculos privados, instituciones públicas y reglas

Los discursos sobre la nación que elaboraron aquellas asociaciones académicas constituyeron fundamentalmente una mera “prédica patriótica”. Esto quiere decir que tenían como objeto principal al Estado, entendido como expresión territorial y política administrativa, y no a una determinada “comunidad histórica”, que permitiera abordar rigurosamente la dimensión social y cultural de la nación.⁷ Estos discursos históricos apuntaron más a establecer los confines de los Estados nacionales y dejaron de lado cualquier intento de incluir esas Repúblicas dentro de un contexto más amplio, aquel que circunscribió el americanismo.

Por otra parte, con la fundación de instituciones estatales como las Academias de Historia, se pretendió elaborar discursos que incluyeran todos los aspectos posibles de la sociedad nacional. Es decir los discursos históricos “oficiales” pretendieron crear una “comunidad nacional” en la que no quedaran excluidos los proyectos políticos derrotados y en el que se fijaron los orígenes del Estado y de la nación, aunque tuvieron dificultades notables al explicitar cuáles eran los miembros básicos de las sociedades nacionales.

El hecho de que los historiadores permanecieran sujetos a los límites nacionales no implicó el reconocimiento amplio de las “comunidades nacionales”. Los discursos históricos compartieron las dificultades sobre la constitución de los Estados, entre las cuales destacó ampliamente el tema de los regionalismos. Las convenciones narrativas y los prejuicios de los historiadores produjeron imágenes de una nación que tenía los bordes precisos de ciertos rasgos locales y sociales, que no abarcaban a la totalidad de las sociedades nacionales.⁸

profesionales en los orígenes de la historiografía argentina”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”* (Buenos Aires), 3ª serie, núm. 13 (1996), pp. 59-82. En un tono tradicional se reflejan los elementos de configuración de la disciplina histórica en los datos que ofrece Ricardo Donoso, *Diego Barros Arana*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1967, y Fernando Devoto, “Relatos históricos, pedagogías cívicas e identidad nacional: el caso argentino en la perspectiva de la primera mitad del siglo xx”, en Javier Pérez y Verena Radkav, coords., *Identidad en el imaginario nacional: reescritura y enseñanza de la historia*, México, Instituto de Ciencias Sociales y Humanas-Benemérita Universidad Autónoma de Puebla-Instituto Georg Eckert-El Colegio de San Luis, 1998, pp. 37-59.

⁷ Luis Tejada Ripalda, “El americanismo: consideraciones sobre el nacionalismo continental”, *Cuadernos Americanos* (México), núm. 82 (julio-agosto del 2000), p. 187.

⁸ Cf. Germán Colmenares, *Las convenciones contra la cultura: ensayos sobre la historiografía hispanoamericana en el siglo XIX*, Bogotá, Tercer Mundo, 1989, y Alan Knight, “La identidad nacional: ¿mito, rasgo o molde?”, en Gonzalo Sánchez y María E. Wills, comps., *Museo, memoria y nación. Misión de los museos nacionales para los ciudadanos del futuro*, Santafé de Bogotá, Ministerio de Cultura, 2000, pp. 119-155.

El americanismo, pues, estuvo fuera de los intereses de los historiadores. Como corriente intelectual, el americanismo de principios del siglo xx se definió en torno a la oposición hacia Estados Unidos y como parte de la inclusión del subcontinente dentro del equilibrio mundial. El americanismo fue propuesto y difundido por el ejercicio ensayístico y por una corriente política tan importante e influyente en la época como el aprismo de Víctor Raúl Haya de la Torre. Estos esfuerzos pusieron sobre el tapete el problema de la identidad cultural frente a las transformaciones que vivían las sociedades latinoamericanas. Los ensayistas latinoamericanos de este periodo pusieron en juego las posibilidades del giro que dejó atrás al criollismo blanco del siglo xix, como parte fundamental de los rasgos de las identidades nacionales, para incluir la valoración, a veces caída en excesos, del mestizaje y del indigenismo como carácter esencial del americanismo.

La obra de Mariano Picón Salas se alimentó de aquella tradición ensayística. En él, como ocurrió también con Pedro Henríquez Ureña, “lo americano” se percibe como un devenir. Esta perspectiva suponía la apreciación del pasado como un instrumento del conocimiento y como un medio de trazar perspectivas deseables hacia el futuro. El pasado no era, pues, un monumento sino un legado, en la medida que la aproximación rigurosa a él podría plantear la apropiación de una tradición viva y dinámica: “Conciencia de continuidad histórica más que simple nostalgia ante las cosas que desaparecieron; actitud crítica, combativa y viril ante el pasado, en cuanto él, ya contribuye a configurar lo presente y lo venidero”.⁹

Por eso, buena parte de los trabajos históricos que desarrolló el ilustre intelectual venezolano, como aquellos que se reunieron magistralmente en su más celebre estudio, *De la Conquista a la Independencia* (1944), tienen como horizonte comprensivo el establecimiento de las relaciones entre lo particular y lo general. Como parte de esta perspectiva comparativa Picón Salas comprobó la realidad de un pasado latinoamericano complejo y vivo. De allí la necesidad que tuvo de reconstruir y comprender sus senderos.

⁹ Mariano Picón Salas, “Pequeño tratado de la tradición” (1955), en varios autores, *Historia de la cultura en Venezuela*, vol. i, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1955, p. 243.

La obra histórica de Picón Salas, como la del maestro dominicano, instauró nuevos criterios para elaborar una representación de “lo americano”. Mirada con atención, se coloca de manera crítica ante los mitos a los que condujo un “americanismo esencialista”, como aquel de una “América Mágica” que sobrevaloró las características del autoctonismo, de la identificación con lo telúrico, y que después llegó a confundirlo con los pobres y “lo subalterno”.¹⁰

Al mismo tiempo, la obra de Picón Salas planteó una ruptura con los modos de escribir la historia en los países latinoamericanos. La novedad del enfoque dado por Picón Salas a los estudios históricos radicaba en dos aspectos: el objeto de estudio y la perspectiva temporal que empleó.

En el primer aspecto, el intelectual venezolano se propuso ofrecer “la imagen más nítida” del “proceso de formación del alma criolla”. Para ello requirió de la construcción de una inédita historia cultural. Hasta los años cuarenta del siglo xx, las aproximaciones históricas que llevaban el adjetivo “cultural” se referían esencialmente al mundo literario. Generalmente, se limitaban a la elaboración de fichas bibliográficas donde sólo se enumeraban autores y obras. En Picón Salas, por el contrario, el objeto de estudio era un proceso histórico, no el discurrir de series de nombres. Por eso, sus trabajos históricos pretendieron superar la concepción de la historia como “un amasijo de datos ordenados cronológicamente”. La historia debía “servirnos más que para la reminiscencia o la jactancia, para la comprensión veraz de nuestra problemática humana”.¹¹ La escritura de la historia no podía ser la mera fijación de los acontecimientos pasados, que suscita la idea de la contemplación o la nostalgia. En sus escritos, Picón asume el conocimiento histórico como un medio para esclarecer las posibilidades de la actualización del pasado en el presente, de descubrir en el pasado una tradición dinámica en continuo proceso crítico e interpretativo.

El punto de partida de los estudios sobre el pasado realizados por el intelectual venezolano explica la enorme capacidad de renovación que tiene en la obra de Mariano Picón Salas el tratamiento del tema colonial. Si bien la Colonia fue uno de los objetos más preciados por los grupos conservadores en toda América Latina, en Picón Salas se

¹⁰ Cf. Santiago Castro-Gómez, “Latinoamericanismo, modernidad, globalización. Prolegómenos a una crítica poscolonial de la razón”, en Santiago Castro-Gómez y Eduardo Mendieta, coords., *Teorías sin disciplina latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate*, México, University of San Francisco/Miguel Ángel Porrúa, 1998, pp. 169-205 (*Filosofía de Nuestra América*).

¹¹ Picón Salas, “Pequeño tratado de la tradición”, p. 239.

muestra como “un legado todavía vigente, de elevadísima solvencia en la vida cultural y moral de Hispanoamérica”.¹² Los textos que conformaron *De la Conquista a la Independencia* están concentrados en el intento por explicar los fenómenos de la cultura hispanoamericana, asociados al tema de la imitación y el trasplante al mundo americano de las formas europeas, así como el estudio de aquellas formas que brotaron del mundo mestizo. Para poder comprender estos procesos era necesario, según Picón Salas, hacer una “historia completa de la cultura hispánica”; es decir, penetrar en la época colonial que “contiene una verdad soterrada”: la de que a pesar de “casi dos siglos de enciclopedismo y de crítica moderna, los hispanoamericanos no nos evadimos enteramente aún del laberinto barroco [que] pesa en nuestra sensibilidad estética y en muchas formas complicadas de psicología colectiva”.¹³ El barroco al que se refiere Picón Salas no es más que la evidencia absoluta del mestizaje en América Latina.

Para el intelectual venezolano, como para muchos contemporáneos suyos, el mestizaje ofreció la posibilidad de comprobar el universalismo de la cultura que habitaba en América Latina. La expresión política de esa “esencialidad latinoamericana” era la democracia. Es decir la convivencia de los contrarios:

El mestizaje americano consiste en mucho más que mezclar sangres y razas; es unificar en el *tempo* histórico esas disonancias de condición, de formas y módulos vitales en que se desarrolló nuestro antagonismo. Ni en la más coloreada historia de Herodoto, pegada todavía a los linderos angostos del mundo clásico, pudo contarse una experiencia humana tan ambiciosa, una tan extraordinaria confluencia de elementos disímiles, aquella mezcla de pánico y maravilla que hacía decir a Bernal Díaz junto a los muros de Tenochtitlán “que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadis”.¹⁴

De esta manera, el intelectual venezolano obvió, como todos los propagadores del mestizaje, los conflictos. En un momento de profundas transformaciones como las que se han señalado, Picón Salas encontró un punto intermedio de solución. El mestizaje se consideró como una categoría que tenía dos vertientes: la búsqueda de unidad al interior de la heterogeneidad de las sociedades nacionales —es decir, una labor

¹² Picón Salas, *De la Conquista a la Independencia y otros estudios*, prol. Guillermo Sucre, n. Cristián Álvarez, Caracas, Monte Ávila, 1990 (*Biblioteca Mariano Picón Salas*, 3), p. 47

¹³ *Ibid.*, p. 90.

¹⁴ *Ibid.*, p. 33.

en la que “se oscurecieron las diferencias”— y la formulación de discursos sobre América Latina en los que se representó “lo latinoamericano” como una unidad frente a “la unidad europea y norteamericana”.¹⁵

La postulación de una unidad continental estaba basada en la suposición de la cohesión de los Estados nacionales del subcontinente. De esta manera, se daba por sentado una especie de extensión mayor de cohesiones suficientemente homogéneas y diferenciables. Sin embargo, los trabajos de José Carlos Mariátegui demostraron, en el caso peruano, la pervivencia de la heterogeneidad y, por ende, la conflictividad de las sociedades latinoamericanas. En buena medida, esos conflictos eran el resultado de la exclusión de amplios sectores sociales en las prácticas políticas y también en el mundo de los discursos representativos de las naciones. De allí que un cuestionamiento de las categorías de unidad y homogeneidad planteaba el carácter de “comprensión unitaria” que suponían tanto los discursos nacionales como los americanos.¹⁶ Gracias a la marginalidad en la que permanecieron por largo tiempo las reflexiones del célebre intelectual peruano, los discursos americanistas de la época permanecieron impermeables a estas críticas.

Los trabajos de Mariano Picón Salas supusieron el carácter unitario que ofrecían los factores culturales: la lengua y la religión. Por eso, pretendió hacer una suma de contradicciones que se sintetizaron en el carácter esencial del mestizaje como factor de la unidad continental. Además, el mestizaje le sirvió como eje de continuidad temporal que le permitió sostener una mirada de larga duración sobre los fenómenos que analiza y que el subtítulo de su principal estudio histórico describe claramente: “Tres siglos de historia cultural hispanoamericana”, con lo cual resalta el segundo aspecto novedoso de su obra.

La perspectiva cultural y de larga duración que propone el intelectual venezolano para el análisis de procesos y corrientes de ideas le permitió develar un mundo colonial rico, vivo y complejo. Estas imáge-

¹⁵ En el primer aspecto son interesantes las reflexiones de Renato Ortiz, “Da raça à cultura: a mestiçagem e o nacional”, en Renato Ortiz, *Cultura brasileira e identidade nacional*, 2ª ed., São Paulo, Brasiliense, 1986, pp. 36-44, y Jaime Urueña, “La idea de heterogeneidad racial en el pensamiento colombiano: una mirada histórica”, *Análisis político* (Santafé de Bogotá), núm. 22 (1994), pp. 5-25. En el segundo aspecto, Francisco Miró Quesada, *La filosofía de lo americano: treinta años después*, México, UNAM, 1979 (*Cuadernos de Cultura Latinoamericana*, 71) y Santiago Castro-Gómez, *Crítica de la razón latinoamericana*, Barcelona, Puvill, 1996 (*Historia y Cultura de Hispanoamérica*, 3).

¹⁶ Cf. José Carlos Mariátegui, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928), México, Era, 1979. Del mismo modo, las conclusiones que parten de la reflexión de aquellos trabajos en los estudios realizados por Antonio Cornejo Polar, “Los sistemas literarios como categorías históricas: elementos para una discusión latinoamericana”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* (Lima), vol. xv, núm. 29 (1989), pp. 19-24, y *La formación de la tradición literaria en el Perú*, Lima, Centro de Estudios y Publicaciones, 1989.

nes se contrapusieron a las interpretaciones liberales decimonónicas del pasado colonial en las que ese largo periodo histórico se constituyó en “nuestra oscura Edad Media”. En Picón Salas existe, pues, una comprobación que había hecho un ilustre connacional suyo, Andrés Bello: señalar la tenaz persistencia colonial en el tejido profundo de la vida republicana; por lo tanto, la Colonia y la República, en esta perspectiva, son dos etapas de un solo proceso, aquel que se refiere a “la conciencia de destino común hispanoamericano”.

En los estudios históricos de Mariano Picón Salas se establece un modo de reconocer y explicar el destino de América Latina. Con ello también se inaugura una nueva forma de escribir la historia en el subcontinente. Una historia que está basada en el estudio de procesos que permiten ver en el pasado no una historia muerta sino un legado, en el sentido de una “herencia viva”. Pese a inaugurar una forma de estudiar el pasado latinoamericano, practicada por su contemporáneo Pedro Henríquez Ureña y continuada después por José Luis Romero y Ángel Rama, en la obra de Picón Salas se vislumbran también los límites de este tipo de estudios culturales.

Picón Salas entendió la aproximación cultural como un esfuerzo que iba más allá del acercamiento a “una minoría letrada y ausente de la comprobación de las masas indígenas o mestizas”:

Más que una conciencia social, la cultura suele parecérsenos aislado ornamento individual. Es privilegio de unos pocos que alardean de sus informaciones o gozan de sus secretas búsquedas con mero designio decorativo —he dicho en otra parte. El libro que les llegó por el último correo es para ellos hermoso como un buen artículo de París; le extrajeron una metáfora o una paradoja con que enriquecieron su dandismo intelectual. Llevarán durante algún tiempo esa metáfora o esa paradoja como flor en la solapa, o irisará a la luz de sus cónclaves exquisitos, como una corbata del ingenio. Acentuamos de esta manera el tremendo desnivel americano entre el hombre ilustrado, que asume para nosotros el carácter esotérico de un mago en una sociedad primitiva, y el pueblo —nuestro sagrado pueblo de los himnos nacionales y las declamaciones patrióticas—, que está sumido aún en muchos países del continente en oscura e inexpressada vida vegetativa.¹⁷

¹⁷ Mariano Picón Salas, “Hispanoamérica, posición crítica” (Conferencia en la Universidad de Concepción, noviembre de 1930), en Mariano Picón Salas, *Europa-América preguntas a la esfinge de la cultura y otros ensayos*, introd. Adolfo Castañón, sel. Guillermo Sucre, n. Cristian Álvarez. Caracas. Monte Ávila, 1991 (*Biblioteca Mariano Picón Salas*, 5), p. 199

Pese a esta postura, que también señala en *De la Conquista a la Independencia*, su trabajo estuvo apegado a los materiales que ofrecieron los miembros del mundo letrado. Cuando Picón Salas se aproxima a los procesos históricos del subcontinente termina prendado, como ocurre con otra serie de intelectuales latinoamericanos, de un solo espacio social y cultural: la ciudad y los sectores letrados que gravitan en torno al poder político. De allí que pudiera rastrear a partir de esta realidad la unidad histórica de Hispanoamérica:

Las relaciones con el mundo de fuera, con su consiguiente contagio en modas, estilos y costumbres, formas artísticas y literarias, creaciones e impulsos económicos, también parecen desarrollarse en ciclos sincrónicos. Hay una historia cultural común que repite en todo el Continente la misma expresión y problemática. Ni las grandes figuras literarias —Bello, Sarmiento, Darío, Martí etc.— pueden estudiarse dentro del estrecho ángulo nacional, ya que su obra se derrama y fecunda en todos los países. Casi todos ellos son caballeros andantes de un “hispano-americanismo” que, si se había roto políticamente, era fermento vivo en los espíritus. Toda Hispanoamérica aprendió las normas jurídicas y gramaticales de Andrés Bello y se regocijó con los versos de Rubén Darío. Martí había levantado una especie de Panteón ideal del Continente entero en que se veneraban como héroes y civilizadores de una misma patria a Bolívar y a Juárez, a San Martín y Morazán, a Heredia o a Cecilio Acosta.¹⁸

La obra histórica de Mariano Picón Salas revela los inconvenientes de olvidar “lo popular”. Sin embargo, es incapaz de abordar este fenómeno y de este modo trazar un cuadro más rico y acorde con la complejidad de los procesos históricos latinoamericanos. Como ocurre con los historiadores decimonónicos en América Latina, Picón Salas no pudo sobreponerse a las limitaciones de sus presupuestos teóricos y las convenciones narrativas que usó para estudiar el pasado. En sus estudios, como ocurre en la obra de uno de sus historiadores más admirados, Michelet, “el pueblo” también aparece estático y distante, pese a la necesidad de enunciarlo y ponerlo en escena.

La obra de Mariano Picón Salas es, pues, un referente de la mayor importancia dentro del ámbito cultural latinoamericano. Tanto sus esquemas comprensivos y sus aportes interpretativos como sus limita-

¹⁸ Picón Salas, “Unidad y nacionalismo en la historia hispanoamericana”, en *Euro-pa a América*, p. 222.

ciones invitan a tomar el pasado con una dimensión necesaria para establecer un diálogo entre las tradiciones y las corrientes de ideas que se han desarrollado en América Latina, para continuar la tarea de comprensión de los procesos históricos y culturales del subcontinente. Ejercicio abandonado con inusitada frecuencia en el quehacer intelectual.